



---

# “Las estructuras de nuestros muros: Una autoetnografía reflexiva sobre el color”

---

Valentina Moreno Moreno<sup>1</sup>

valentinamorenomoreno2003@gmail.com

Artículo de investigación recibido el 17/05/2022  
y aprobado el 15/07/2022

---

## Cómo citar este artículo:

Moreno, V. (2022). Las estructuras de nuestros muros: Una autoetnografía reflexiva sobre el color. *Trans-Pasando Fronteras*, (19). <https://doi.org/10.18046/retf.i19.5531>

---

---

<sup>1</sup> Estudiante de Antropología y Sociología, Universidad Icesi, Cali, Valle del Cauca

---

## Resumen

Dentro de nuestra experiencia sociocultural, estamos implicados/as en continuos procesos de identificación en los que nos preguntamos sobre quiénes somos, de dónde venimos, quiénes son nuestras familias, qué es eso que tanto contenemos para decir o aportar a la sociedad. En fin. Son una multiplicidad de cuestionamientos que cada vez más nos invitan a reflexionar acerca de nuestros encuentros y diálogos con otros y otras de distintas procedencias y contextos sociales, culturales, políticos, económicos y simbólicos, porque a partir de estas relaciones damos algo de forma a nuestro inacabado proceso de identificación. De este modo, para este texto me he pensado estas reflexiones, procesos y encuentros a través de la manera en cómo los murales del estallido social del 2021 se formaron, a partir de discursos que me han permitido pensarme lo que soy en cuanto a la raza y la etnicidad, y a partir de la autoetnografía, como el enfoque que permitió aproximarme al encuentro conmigo misma.

**Palabras clave:** Procesos de identificación, murales, Paro Nacional 2021, raza, autoetnografía.

## **Introducción: Los muros que me preceden**

Me apasiona el muralismo. Y no sólo como mi tema preferido para la investigación social y para ser portavoz de las experiencias sociales y políticas de los grupos más vulnerados. También, me apasiona el muralismo porque puedo vincular sus múltiples censuras, conceptos artísticos, los discursos detrás de sus muros, el sistema de signos, su potencial de memoria y el valor arqueológico urbano que va cobrando con el tiempo, con mi propia experiencia cultural como ser social. Y a partir de esta premisa autoetnográfica quiero contar mi historia, o más bien, la historia de mi culpa colonial.

Crecí en medio de muros pintados completamente de blanco, en los que, siempre se ha plasmado y expresado un mensaje de orgullo pleno que da cuenta de la entrada al éxito sin ningún tipo de dificultad, que impida el privilegio en cada esfera de la vida, precisamente por su color blanco. Este color, en teoría, contiene todos los colores del espectro (cultura) y ha caracterizado la pureza, el orden y los buenos valores. En contraste el negro, que se asocia con suciedad, caos y rebeldía, y, por ende, ensucia, mancha y desasea el orden que identifica al blanco con respecto a otros colores y tonalidades. Así mismo, son los sólidos muros blancos que han querido que en la institución familiar se mantengan en orden blanco, sin ninguna clase de manchas negras o quizás de algún otro color que no simbolice lo pulcro. Pero ¿bajo qué medidas han estado tan seguros de que se mantendría la solidez de las mismas estructuras blancas con el paso del tiempo?

Desde el lente socio-antropológico, los procesos de socialización o condicionamientos culturales que mis abuelos y tíos principalmente han recibido y querido transmitir a sus genera-

ciones descendientes, es lo que explica el mantenimiento de una estructura blanca en mi institución familiar. Sin embargo, sería un anacronismo cuestionarlos y aplicar en ellos categorías contemporáneas, ya que su socialización, y, por ende, sus prácticas culturales y límites morales, corresponden a temporalidades distintas, que conciernen con otro tipo de estructuras, bagajes y contextos históricos distintos, que, hay que respetar, teniendo en cuenta que en sus estructuras existe una multiplicidad de conductas que apelan a lo tradicional. Al fin y al cabo, la sociedad es un punto de convergencia entre diversos murales en cuanto a colores, conceptos y mensajes, que atienden al condicionamiento artístico (cultural) de sus muralistas (agentes socializadores) de acuerdo con una temporalidad y espacio determinados. No obstante, es preciso tomar en cuenta que la convergencia, bajo este contexto, se conforma en un campo de disputa, en donde hay violencias y desigualdades.

Al narrar esta parte inicial de la historia, hago memoria de muchas experiencias en donde estas paredes blancas de los integrantes más jóvenes, como mis primos y yo, han sido manchadas, tras interactuar, relacionarnos o vincularnos con muros negros. Por esta razón, sus padres y mis abuelos han querido intervenir nuestros murales queriéndolos tapar de blanco, para así, conservar el orden social característico de sus estructuras. Sin embargo, estas intervenciones no son llevadas a cabo con actos directos de violencia, sino latentes, inconscientes, micro, que están presentes en la forma de comunicación inscrita en sus discursos. Entre pullas, comentarios, burlas, chistes, reproches y otras dinámicas que forman parte del lenguaje como un hecho de construcción social, que denotan aquella violencia y desigualdad apoyada por la tradición que he descrito.

No obstante, siempre he pensado que los muros de mis agentes primarios de socialización, mis padres, han sido pintados de otros colores y a pesar de que sepan que, en la teoría del color el blanco es el que contiene todos los colores del espectro, entienden que en este caso las estructuras blancas no son las únicas que contienen la cultura, aunque fueron socializados con aquellas tradiciones expresas en los muros de mis abuelos, mediante prácticas culturales que proyectan los modos de sus respectivas instituciones familiares. Aquí es donde me doy cuenta de que también la historia influye sobre los murales y hace que, de alguna manera se desvanezca esa solidez estructural, mientras se aceptan otros colores, conceptos artísticos y mensajes. Sin embargo, aún permanecen en sus muros pequeñas reminiscencias de lo que les socializaron, y en eso consiste la memoria colectiva. Tampoco es un asunto de olvidos, sino de conciencia.

Así que, estos son los muros de mi familia, pero ¿qué hay de los míos?

### **Una estructura de cuatro fases (por ahora):**

Al nacer bajo un entorno de muros que me han permitido intervenir y pintar en los míos y divulgar un mensaje propio, me sentía libre y no me estaba socializando en un ambiente de restricciones o limitaciones. Es cierto que, aún llevo en mis muros aquella reminiscencia de color blanco, por eso en mis procesos de identificación siempre he sido “la monita”; pero, en mi transitar cultural, he querido incorporar otros colores, en la medida en que interactúo y me relaciono con otros individuos, cuyos muros pertenecen a distintas tonalidades, han sido elaborados con otros conceptos

y transmiten sus propios mensajes correspondientes a sus sentimientos y despertares constantes.

Sin embargo, hasta ahora me doy cuenta de algo que ha estado persiguiéndome desde mi nacimiento por mi color blanco (tanto del de mi muro como del de mi piel): el privilegio. Algo que, sin lugar a duda me resulta peligroso ahora que soy consciente de ello. Tengo muchas anécdotas de experiencias en las que he sido exaltada y halagada por ser blanca; sin embargo, eso no es lo que debemos atender ahora. Sino más bien, cómo he reconocido este privilegio en mi vida sociocultural y política, y en la actualidad, qué acciones llevo a cabo para reconocerlo y entender otros procesos. Para esto, comencé a preguntarme si mi muro es más valioso que otros.

Para muchos muros, sí. Para otros notablemente no, en la manera en la que han asumido que el color de los ladrillos de mi pared corresponde con la asociación que se le ha hecho al color blanco con determinados procesos históricos en donde ha habido colonización y maltrato a otros colores. Esto, he sabido comprenderlo y he sido consciente de que en pleno Siglo XIX aún existe una herida colonial de la que brotan múltiples imaginarios, discursos y comportamientos que aluden a una deuda histórica que ha imposibilitado esa cohesión social armónica e imposible en un lugar de tantos muros fragmentados, agrietados y a medio venirse abajo, y de que aún existen fronteras entre muros, e incluso muchos de ellos son fronteras, que finalmente han posibilitado un encuentro mediado por el conflicto que se guía por muchas lógicas y discursos, enmarcados en el color. Por esto es que muchas veces he recibido comentarios a modo de recriminación y rechazo total por mi color blanco por parte de individuos de otras procedencias, contextos y

colores, que, históricamente han sido subordinados y violentados (y aún lo siguen siendo).

Los comentarios a manera de recriminación que recibo claramente han intervenido en los procesos de identificación de mi muro, para los que, la socióloga boliviana, Silvia Rivera Cusicanqui, los ha definido como procesos permanentes y complejos de interlocución con los otros, y que, no llegan a acabarse en un momento específico. Esta intervención ha tomado una forma en la que a mi muro lo han restringido y censurado de tomar otros colores y matices, y nuevamente lo pintan de ese blanco privilegio con fuertes y bruscos brochazos, mientras refuerzan su idea de que hay una deuda histórica que debo cobrar por nacer en medio de un privilegio, y que, por eso mismo, debo quedarme así. Este argumento es discutible, en tanto, si bien no tengo la memoria sociohistórica de ciertos grupos sociales, esto no significa que no pueda tener la conciencia de sus realidades pasadas y actuales. Quizás, por eso me encuentro aquí, porque al estudiar Antropología y Sociología deseo reconocer mi privilegio y las acciones que puedo llevar a cabo a partir de él para no caer en discursos re-victimizantes y contraproducentes.

Aún estoy en el proceso de búsqueda de los colores, concepto y mensaje que me identifica en mi relación, interacción y vínculo con otras paredes, y aquellas censuras me vacían y me despojan de todos mis significados artísticos que llevan sentimientos, iluminaciones y mis formas de relación con los demás (Vergara, p.347, 2014) y en tanto no soy un acabado de color blanco y contenido en sí mismo. (ver figura 1).



**Figura 1**

Secuencia de fotos/foto-ensayo: Sin título, 2021

Tomado y adaptado de: Autora

Por estas razones, me vinculo con todo lo sucedido en el marco del Paro Nacional del 2021<sup>2</sup> frente a los murales de la calle quinta, que, hasta ahora, han pasado por cuatro fases de intervención en las que hay una secuencia de elaboración, censura, reelaboración y borrado de rostros (ver figura 2). En esto, se muestra la relación de disputa sociopolítica entre dos grupos

2 El Paro Nacional del 2021 fue un estallido social que inició el 28 de abril del presente año en Colombia a raíz del anuncio de una Reforma Tributaria que, entre varios asuntos, propuso que a algunos productos de la canasta familiar se les incrementaran sus impuestos, lo cual sería muy grave para familias de estratos socioeconómicos más bajos. Particularmente, en la ciudad de Cali se organizaron algunas movilizaciones e iniciativas sociales y políticas aparte de la protesta, como las ollas comunitarias, la pedagogía política, los festivales de murales y demás actividades de expresión artística y plástica, en contra de esta Reforma, pero, además, de otras injusticias del Gobierno nacional.

sociales por los colores, o en esta dinámica, por la identidad del muro. Mientras uno de los grupos diría que su estructura debería ser gris para el mantenimiento del espacio público y la seguridad, el otro señalaría que su estructura debe ser una que recoja todo lo acontecido en la estructura social como genocidios, secuestros, desapariciones y demás hechos atroces, a partir de unos colores específicos y un mensaje de realidad. Aunque, existe una primera fase de elaboración en la que se plasmó una verdad a partir de una frase característica que siempre quedará en nuestras memorias, ¿EN DÓNDE ESTÁN LOS DESAPARECIDOS?, en letras mayúsculas y macro, como dicen los muralistas. En una segunda fase, un grupo de personas acompañadas de las fuerzas armadas cubrió las paredes de color gris, y en una tercera fase, los murales fueron reelaborados empleando eufemismos, y esto por un consentimiento con la alcaldía de la ciudad para evitar “mensajes que incitaran al odio” la frase de letras mayúsculas fue reemplazada por un Volverán.

En la cuarta fase del mural, se ve un fenómeno interesante de borrado de rostros esta vez, con el mismo color gris de censura (aunque para otros es el color de la estructura de la ciudad). Sobre esto, Le Breton (2009), señala que “no hay violencia más perturbadora que aquella que atenta contra el rostro, en tanto esta diluye la identidad”. Bien sabemos que el rostro individualiza, socializa y también comunica (Le Breton, 2009, p.12); en este sentido, y con base a esta etapa del mural de la calle quinta, he sentido que invisibilizan mi rostro, y por ende mi mensaje y sus colores, además de sus procesos de construcción, en la medida que lo pintan de blanco y después de tantos intentos de reelaboración de mi parte, deciden borrar mis facciones físicas. Esto constituye una acción operada por aquella herida colonial que ha producido mu-

chas resonancias y llamados a la conciencia social en la estructura cultural y psíquica coloreada, que me indica que debo resignarme ante las recriminaciones que recibo porque debo comprender que soy blanca, y por tanto, no tengo por qué ir en búsqueda de una identidad más allá de la que me ha tocado y soy incapaz de comprender los diferentes bagajes históricos, políticos, culturales y sociales de las otras estructuras de muros categorizadas como negras o coloreadas.



**Figura 2**

Secuencia de fotos de las cuatro fases de los murales de la calle quinta en el Paro Nacional 2021, equiparable con el foto-ensayo.

Fotografías tomadas y adaptadas de: Perfil de Instagram @casafractalcali; perfil de Twitter @camiloruedan; archivo de la autora; periódico El País.

## **Conclusiones: Iluminaciones para la conciencia estructural de nuestros muros.**

Tal como Frantz Fanon (1952) narra en su obra “Piel negra, máscaras blancas” que sólo se dio cuenta de que era negro cuando de la mano de su madre, en París, una niña blanca lo señaló e identificó como negro. En un país europeo como Francia, las estructuras blancas son las predominantes y las de los muros negros son las que difieren dentro de este orden culturalmente dividido. En mi caso, fui consciente realmente de mi estructura blanca cuando comencé a reproches y acusaciones por esto en la Universidad. Entonces, al parecer, tomamos conciencia de quiénes somos realmente cuando alguien más nos señala, nos identifica o al menos nos da una pista de ello; es ahí en donde somos capaces de observar el verdadero color y mensaje que transmite nuestra estructura.

Hoy en día, por los intentos políticos y culturales de interculturalidad en la sociedad, somos parte de la coexistencia entre diferentes muros con distintos colores, mensajes y discursos que ya enfrentan al sistema sociocultural, y se han querido demoler aquellas estructuras de imaginarios coloniales. Sin embargo, la estructura de nuestros murales tiene una reminiscencia de las paredes de nuestros abuelos y personas que nos preceden. De este modo, mi invitación es a no censurar ni a intervenir en nuestros murales de formas violentas para despojarlos de los significados de sus colores, conceptos artísticos y mensajes, sino a deconstruir nuestra percepción lógica sobre los colores (en mi caso el blanco) y a recordar que nuestro proceso de identificación es continuo, en tanto vamos interactuando, relacionándonos y vinculándonos con murales diferentes en nuestra constante socialización. Adi-

cionalmente, este es un ejercicio que nos invita, en la misma vía, a recordar quiénes han sido agentes artísticos de nuestros murales y del mismo modo, de dónde venimos para tener en cuenta la construcción de las estructuras de nuestras paredes y qué mensaje irán a divulgar a medida que se pintan.

Todas las personas, desde nuestras experiencias sociales, culturales y políticas, tenemos una historia para contar en la medida que vamos descubriendo lo que nos apasiona, nos mueve y roza nuestra conciencia. En mi caso, siempre he disfrutado de la lectura de los textos y artículos de la autora nigeriana Chimamanda Ngozi Adichie, y sus historias me resultan interesantes porque dan cuenta de un imaginario que la liga su identidad africana con los procesos sociopolíticos y culturales de su continente. Cuando comencé a leerla vi que ella tenía una historia impactante y conmovedora para contar, y sentía impotencia porque en todo este tiempo, pensé que quienes estamos desde la perspectiva del privilegio solo podemos leer a los más vulnerables; pero desde que transito por la Antropología y conozco la etnografía, he querido narrar una historia desde mis propias formas de entender y experimentar el mundo; y ahora, he encontrado en el muralismo, la Antropología y Sociología visual la manera para contar mi historia, porque también hago parte de sociedades azotadas por el conflicto y la incertidumbre.

Por eso, esta autoetnografía, a parte de ser una reflexión sobre los procesos de identificación, las lógicas discursivas del color y las dicotomías entre yo y otros; y de lo que es uno en medio de las demoliciones y las nuevas moradas, constituye un agradecimiento a los muros que me han precedido directamente, mis padres, por impulsarme a reconocer que el privilegio no puede distorsionar la

empatía y la conciencia de realidades ajenas. También, agradezco profundamente a los muros de mis compañeros y docentes de Antropología y Sociología, con quienes comparto el intersticio; el gozo por colorearnos y salpicarnos de aprendizajes; y la confianza de poder exteriorizar nuestras grietas, fragmentaciones, heridas, silenciamientos y censuras.

## Referencias

Arias, Juan Carlos (2018). "La borradura del rostro: Prácticas artísticas y el problema de la visibilidad de las víctimas". *Palabra Clave*, (22), 1-27.

Bauman, Zygmunt (2007). *Tiempos líquidos: Vivir en una época de incertidumbre*. Tusquets Editores. Bogotá.

Fanon, Frantz (1961). *Los condenados de la tierra*. Fondo de Cultura Económica. Ciudad de México

Vergara, Aurora (2014). *Cuerpos y territorios vaciados. ¿En qué consiste el paradigma de la diferencia? ¿Cómo pensamos la diferencia?* *Revista CS*, (13), 338-360. <https://doi.org/10.18046/recs.i13.1830>

